

LORCA LITERARIA

SUMARIO

Cervantes y sus obras, por D. EULOGIO SAAVEDRA.—Madrigal, por D. B. MELLADO.—Luzbel, por D. JOAQUIN BARBERAN RODRIGO.—Desde Burgos, por D. JUAN P. BELTRAN.—La Cuna, por D. A. ROS ROMERO.—Triste enseñanza, por DON ENRIQUE JODAR.—En su abanico, por D. LUIS GABALDON.

Cervantes y sus obras

III

Los génius como Cervantes no han nacido para llorar en silencio y lamentarse estérilmente. Rayaban por aquel entonces los piratas argelinos en el apogeo de su gloria terrorífica, y eran el azote de la cristiandad. Bajo su inhumana servidumbre y confundido el insigne manco de Lepanto entre la turba inmensa de los veinticinco mil esclavos cristianos que encerraban las mazmorras de Argél, bien pronto logró descollar entre todos, y verse apellidado el bienhechor, el virtuoso, el maestro, el caballero, mientras todos holgaban de tratar y de comunicar con él.

No solo se llevaba tras sí las voluntades de los cristianos, sino que *con su dirección* y su *especial gracia para todo*, llegó hasta ablandár las feroces entrañas de aquellos terribles musulmanes que su adversa suerte le deparó de dueños. Todo su valimiento lo aplicaba á su constante propósito de hacer el bien y de procurar su libertad y la de sus compañeros. Desprovisto de todo recur-

so humano, y de todo género de auxilios, hubo momentos en que estuvo á punto de tocar el feliz éxito de las empresas más temerarias: *y si á su ánimo, industria y trazas*, dice el historiador Haedo, *correspondiera la ventura, hoy fuera el día en que Argél fuera de cristianos, porque no aspiraban á menos sus intentos*. Decía Azán-Bajá, dey de Argél: en teniendo yo guardado al estropeado español, tengo seguros mis cristianos, mis bajeles y toda la ciudad.

Un día logró evadirse de sus prisiones y dar libertad á otros quince cautivos, y se refugió con ellos en una cueva húmeda y lóbrega en la orilla del mar, donde por el largo espacio de siete meses consiguió mantener con trazas increíbles aquella *república subterránea*, como él la llamaba. Entre tanto había negociado desde allí el fletar en España un bergantín para su salvación, en el que pudiesen tornar á la patria por que suspiraban. Pudo llegar el barco, pero con tan menguada fortuna, que al poner la proa en tierra y cuando ya los infelices proscritos creían tocar el término de sus ansias, acertaron á pasar por aquellas playas unos moros que dieron el grito de Cristianos! Cristianos!—Barca! Barca! El bergantín tuvo que darse á la mar y Cervantes y los suyos pasaron por el amargo trance de contemplar como se desvanecían en el horizonte las blancas velas de la nave salvadora, y con ellas sus esperanzas de libertad. Al poco tiempo fueron vendidos y delatados los escondidos por un renegado con quien contaban; se presentaron tropas en las cueva, y Cervantes nue-